

MI amigo era del Norte. Antes se decía eso de una persona y se

suponía que era de Vizcaya o Guipúzcoa o cosa así. Teníamos medidas a nivel nacional. Pero ahora, con tanto hablar de Mercado Común, con tanta velocidad de comunicación, las referencias se han ensanchado y decir que una persona es "del Norte" es decir que es rubia, socialista y lenta y segura de pensamiento: o sea, que es del norte de Europa. Mi nórdico amigo, además de la libertad, la tolerancia y la euforia física, deseaba lo que desean siempre las gentes del Norte: que es venir al Sur. El suspiro del pino por la palmera fue una figura poética de Enrique Heine, que resultó, después, una ley migratoria y turística. En la palmera están simbolizadas muchas más cosas: el sol, la playa, el cante y el baile, más alguna determinada señorita y otras cuantas ardentías del Sur que han hecho rentable el suspiro del Norte.

Todo esto es la cristalización última de un camino que abrieron los poetas. Goethe, que andaba medio perdido en las nieblas de su "Fausto", no se sintió seguro de su arte hasta que se vino a Italia: y su veraneo se llamó "Ifigenia". Wagner, des-cansando de sus mitologías nórdicas, se vino a Venecia: y su veraneo se llamó "Tristán". Byron y Shelley vinieron a morir a Grecia y Roma. Todo esto lo hacía la primera promoción romántica, que fue una generación de señoritos. El romanticismo es el primer turismo y ocurre en la segunda generación de una época que empezaba ya a ser industrialista. El romanticismo "lo pagó papá". Luego vino una época más socializada—autobuses, vacaciones pagadas—y entonces se volcó sobre España, solar y diferente, el auténtico turismo de masas, ya más egoísta. Byron vino a morir por la libertad de Grecia. Sus nietos vienen a vivir en el orden de España.

Mi amigo nórdico hizo conmigo su primer recorrido con ánimo de cliente, por una carretera costera en el sur del Sur. Quería buscar un "terrenito" para poder pasar parte del año. Los románticos vinieron de visita. Los burgueses quieren instalarse. Mi amigo miraba deslumbrado por una y otra ventanilla del coche. Las dos orillas de la carretera estaban llenas de pancartas y vallas: "Se vende este pinar." "Se venden parcelas." Esto por el lado de la sierra, tierra adentro; por el lado de la costa: "Se vende esta playa." Mi amigo me preguntó con asombro:

—Venden ustedes España, ¿no?

—Sí... descontando, de momento, Gibraltar.

Realmente no nos damos cuenta, por la anestesia de lo cotidiano y familiar, del énfasis mitológico de estos letreros. Recuerdo que el primer encuentro que tuve

SE VENDE EL SUR

yo con este desmesurado comercio geográfico fue en el delta del Paraná, junto a Buenos Aires, donde leí aquel letrero: "Se vende esta isla." Esto de vender islas y bahías es una nueva figura contractual casi olímpica: la compra-venta planetaria. Estábamos acostumbrados a las ventas mobiliarias de cosas que están más adheridas a nuestra vida y memoria. Todavía había hace poco quien se negaba a poner precio a la butaca donde se sentaba su madre. Pero ahora somos los pioneros de estas enajenaciones neutrales y sin recuerdos. Ninguna madre, ni ningún abuelo decoran de nostalgia aquella playa o aquella parcela verde. Pasan directamente, aunque con una pausa de millones de siglos, de las manos de Dios a las de un fabricante de Liverpool.

Los valores económicos, sin medida ni afectación, priman sobre todo. El ideal es comprar, a la antigua, por hectáreas, y que la ciudad vaya avanzando, avanzando, hasta tocar la finca y convertirla en terreno que se vende por metros. Esas tierras producían ayer pinos, cepas, trigo, que daban para mal vivir. Pero cuando producen "metros" se evaden del primitivismo arcádico de la Agricultura y entran en la carrera del Comercio. Esto es como una guerra económica, y tiene la despiadada frialdad de toda guerra: el frente y la avanzada se venden siempre por metros, que es como decir a la bayoneta. Un precio espectacular justifica todo. Podrá llegar el día en que vendamos el Ebro o el Moncayo: todo es cuestión de cantidad y cifra.

Pero esto mismo da lugar a ese impresionante y alargado gusano de automóviles que ocupan totalmente las carreteras del Sur. Todas las marcas se igualan en la socialización inevitable del asfalto. El morro verde del poderoso "Mercedes" queda condenado a olisquear deshonestamente durante todo el trayecto el porta-

minable cita en el espacio—en el espacio de trescientos kilómetros—donde se reproducía la estampa casi amorosa del encuentro del "Géminis" y el "Agena". De vez en cuando el coche poderoso se impacienta y hace un guiño desesperado con intención de adelantamiento. Pero en seguida surge la pareja de la Guardia Civil, que está camuflada con sus motocicletas entre los lentiscos. Es una maravilla el modo que ha logrado la Benemérita de hacerse invisibles y emerger, de pronto, como los dioses de Ovidio. Antes la Guardia Civil tenía la técnica vigilante de la visibilidad: iban a caballo, con sus tricornos, por ambos lados de la carretera. Daban la cara: ahora dan el susto. Eran antes como una amonestación previa. Ahora son el hecho consumado surgiendo de la invisibilidad.

—¿De dónde han aprendido esa técnica súbita y desconcertante?

—Supongo que de los ladrones.

Le contesté esto, porque verdaderamente a nada se parece tanto el trámite de una amonestación y multa en la carretera como a un atraco de Luis Candelas.

De este modo la cadena ambulante de vehículos se hizo, por momentos, casi sólida y fundida en una pieza. Mi amigo nórdico miraba cada vez más inquieto las orillas de la carretera, que eran como un largo pregón mercantil. Todo le encantaba. La parcela aquella; el hotelito; la playa; el pinar. Tenía buen dinero y podía adquirir su trocito de España del Sur. Pero se preocupaba por instantes: comprarlo le era fácil, pero ¿cómo llegar a él? ¿Y cómo, una vez instalado, salir de él? Al paso que teníamos que llevar el recorrido se hacía infinito. Y no era cosa para venir a España en julio y estar en agosto todavía mirando, por todo paisaje, la culata del "Citroen" anterior. Temí, por momentos, que todo el fervor adquisitivo de mi amigo iba a acabar en complicarle a aquel diocesillo moreno y descalzo que le ofrecía al borde del asfalto dos docenas de espárragos trigueros.

Pero, al fin, le convencí de que fuera valiente y se apeara en una "Oficina de información sobre compra-venta de terrenos de la costa".

Hablaron de la parcela, la playa, el hotel. Todo se vendía por metros. Pero mi amigo se deslizaba impreciso sobre las ofertas. De pronto se le iluminó la mirada, como si atrapara una solución. Susurró:

—¿Y no me vendería usted la carretera?

José María PEMAN
De la Real Academia Española

4 FORMULAS DEL
Laxante Bescansa
C.P.S. 1339
PARA CORREGIR EL ESTREÑIMIENTO
NORMAL-ALÓICO-BILIAR Y DIFENILICO
Consulta a su médico